

PRÓLOGO

En Babilonia, los estorninos, con los picos abiertos por el calor, mostraban sus oscuras lenguas. Tras las inmensas murallas de la ciudad, el sol caía implacable sobre quienes trabajaban en los campos, hundiéndolos bajo un calor plomizo.

El Gran Rey avanzaba por el medio de la calzada con la piel brillante, si bien su hijo no sabía si era a causa del sudor o si la llevaba untada en aceite. La barba de su padre resplandecía en prietos rizos negros, un rasgo tan característico de él como el perfume a rosas o el largo abrigo de ricos retales que vestía.

El aire olía a piedra caliente y a cipreses, que parecían clavarse como puntas de lanza en el cielo. Las calles de los alrededores se habían vaciado por completo. No quedaba en ellas ni un alma, ni un solo niño o anciana, ni un triste pollo que picoteara en la tierra que los soldados imperiales habían despejado para dejar paso al rey. Era tal el silencio que el muchacho oía el trino de los pájaros.

La calle de Ningal se había cubierto con una gruesa alfombra verde hecha de mullidas hojas de palmera. Ningún olor desagradable interrumpiría su conversación ni distraería al padre de aquel momento de instrucción. Su objetivo era

la mismísima supervivencia de su estirpe y había prohibido toda presencia de cortesanos o espías para impedir que oyeran lo que tenía que decir. Sus capitanes atribuían a un mero capricho del monarca el que los hubiera enviado a despejar los barrios a ambos lados mucho antes del amanecer, pero lo cierto es que había que evitar que las palabras que iba a pronunciar llegaran a oídos indebidos. El rey sabía que su corte estaba plagada de oídos indiscretos. Había demasiados pequeños sátrapas, demasiados reinados cuyas coronas había aplastado bajo sus sandalias. Noventa gobernantes pagaban a sus espías para que mantuvieran los oídos bien aguzados, mientras que un millar de cortesanos bregaban por mejorar de posición. El mero hecho de caminar a solas con su hijo, como podía hacer cualquier pastor, se había convertido en un lujo equiparable a los rubíes, tan valioso como los daricos, las gruesas monedas de oro con la estampa del rey Darío que circulaban por todo el imperio.

Mientras caminaban, el muchacho miraba de soslayo a su padre, a quien admiraba y en quien confiaba plenamente. El joven Artajerjes andaba al paso del rey, dando pequeños saltos de vez en cuando para mantener el ritmo. Darío parecía ajeno a ello, si bien Artajerjes sabía que a su padre rara vez le pasaba algo desapercibido. El secreto de su largo reinado radicaba en su sabiduría. Si alguien le hubiera pedido su opinión, el muchacho habría asegurado que su padre no se había equivocado nunca.

En los días que pasaba en la corte, el rey se reunía con sus señores más poderosos, con comandantes de ejércitos integrados por decenas de miles de soldados y hombres que gobernaban tierras de jade y marfil que se extendían hasta la luna. Darío los escuchaba mientras se acariciaba la barba hasta acabar con los dedos brillantes por la grasa, se frotaba el pulgar contra el índice o tomaba una uva del cuenco do-

rado que sostenía un esclavo arrodillado a sus pies. De este modo analizaba en profundidad cada problema, mientras sus asesores lo sopesaban y debatían. Artajerjes aspiraba a desarrollar su extraordinaria perspicacia, de manera que escuchaba y aprendía.

En la ciudad se respiraba la tranquilidad que solo pueden conseguir miles de soldados amenazando cuellos con cuchillos. Los generales sabían que la ira del monarca caería sobre sus cabezas si algo lo molestaba, de manera que padre e hijo caminaban como si fueran las dos únicas personas sobre la faz de la tierra mientras el polvo, el calor y el sol se aposentaban, con el alivio que ello comportaba tras el intenso calor del día.

—Antaño, Babilonia fue el corazón de un imperio, de un gran imperio —explicó el rey Darío con una voz amable, más propia de un maestro que de un guerrero.

Su hijo alzó la vista hacia él, con un destello en los ojos.

—Pero Persia es aún más grande —dijo Artajerjes.

Su padre sonrió orgulloso.

—¡Por supuesto! En todos los sentidos. Persia es una docena de veces más grande que las antiguas ambiciones de Babilonia. Las fronteras de mi imperio no podrían recorrerse a pie en toda una vida..., ni en dos ni en tres. Sin embargo, no fue algo que me dieran, hijo. Cuando murió mi padre, la corona recayó en mi hermano, quien la aceptó antes de que las lágrimas se le hubieran secado en el rostro y gobernó solo un mes antes de ser asesinado.

—Y tú lo vengaste matando a quien le dio muerte —dijo Artajerjes, con la intención de complacer a su padre.

El rey se detuvo y volvió el rostro hacia el sol, entornando los ojos para ver mejor sus recuerdos.

—Así fue. Cuando el sol despuntó aquel día, éramos tres hermanos. Aquella noche solo quedaba yo..., salpicado de sangre, pero convertido en rey.

Darío se llenó de aire el pecho, lo que hizo que los retales de su abrigo crujieran sobre las delicadas sedas de las ropas que vestía. Su hijo se enderezó, imitándolo de manera consciente. Artajerjes no sabía por qué su padre lo había reclamado a su lado y por qué incluso los célebres guardias Inmortales estaban fuera de la vista aquel día. Su padre no confiaba en nadie, o eso decían, y sin embargo allí estaba, caminando a solas con su primogénito y heredero. A sus catorce años, aquel hecho henchía a Artajerjes de orgullo y felicidad.

—Un rey necesita más de un hijo —prosiguió su padre—. La muerte llega de súbito, como un viento del desierto que se eleva sin previo aviso. Puede provocarla un traspie de un caballo o el desliz de un cuchillo, un veneno o una traición, una carne en mal estado, unas fiebres o los *djinns*. En un mundo así, un rey con un solo hijo supone un desafío tanto para los dioses como para sus enemigos.

Darío siguió avanzando, con las manos entrelazadas tras la espalda y obligando al joven a caminar a paso ligero para mantener su ritmo. Mientras Artajerjes se esforzaba por darle alcance, su padre continuó:

—Sin embargo, si ese primer hijo, el más amado de los niños, sobrevive y se convierte en un hombre, se inicia un juego distinto. Si tiene hermanos entonces, tan vitales en los años previos, estos se convierten en las únicas personas que pueden arrebatarle todo.

—¿Ciro? —preguntó Artajerjes de súbito. Pese a su precaución y a la admiración que sentía por su padre, la idea de que su hermano pequeño pudiera convertirse algún día en su enemigo hizo que le centellearan los ojos, divertido—. Padre, Ciro nunca me haría daño.

Su padre dio media vuelta en seco. Los retales de su abrigo se alzaron como el caparazón de un escarabajo a punto de echar a volar.

–Tú eres mi hijo y mi heredero. Si mueres, Ciro será rey. Ese es su objetivo. –El rey se dejó caer sobre una rodilla y agarró las manos del muchacho entre las suyas–. Portarás mi corona, te lo prometo. Pero Ciro... es un guerrero nato. Solo tiene trece años, pero cabalga tan bien como mi propia guardia. ¿Has visto cómo lo admiran? El mes pasado lo llevaron a hombros alrededor del patio del palacio cuando atravesó un pájaro en pleno vuelo con su arco y flecha. –El rey respiró hondo, como si quisiera que Artajerjes entendiera la situación–. Hijo mío, yo os amo a ambos, pero cuando esté en mi lecho de muerte, cuando mi imperio se sume en el silencio y el duelo, ese último día le ordenaré venir a casa... y tendrás que darle muerte. Porque si permites que siga con vida después de eso, estoy convencido de que te matará.

Artajerjes vio que a su padre se le anegaban de lágrimas los ojos y le resplandecían. Era la primera vez que presenciaba una muestra de emoción como aquella en él, y le conmovió.

–Creo que te equivocas, padre, pero recordaré tus palabras.

El rey se puso en pie acompañado por los crujidos de su abrigo. Guardaba silencio, si bien era difícil determinar si aquel silencio respondía a la ira o a alguna otra emoción.

–Entonces recuerda también esto –espetó–. Si alguna vez le comentas algo de esta conversación a Ciro, si le revelas una sola palabra de lo que tanto me he esforzado por expresarte en privado, estarás cortando tu propio cuello. No me refiero a hoy ni a este año, por supuesto, mientras reís y jugáis juntos. Ciro te jurará fidelidad y no dudo de que hable de corazón. Pero llegará un día en que os enojaréis o en que caerá en la cuenta de que nunca tendrá la autoridad que ansía, no siendo un mero príncipe. Y ese día irá a por ti y se hará con el trono. Y si yo estoy vivo ese día, si viene a por mí, aunque tenga las manos manchadas con tu sangre..., incluso así, al

no tener ningún otro hijo tendré que abrazarlo. ¿Entiendes lo que te digo, Artajerjes?

–Lo entiendo –respondió su hijo, notando la ira prendida en su interior–. Sin embargo, si tanto lo admiras, padre, ¿por qué no me das muerte aquí mismo, en la calzada, y dejas que sea Ciro quien asuma el trono? –Sin dar tiempo a su padre a responder, Artajerjes continuó–: ¿Porque no tienes más hijos y podrías poner en riesgo tu sucesión? ¿De verdad eres tan insensible? ¿No te importa quién de los dos sea rey?

–Si no me importara, no habría despejado la mitad de la ciudad para caminar a solas contigo. ¿Ves a Ciro aquí? Tú eras el joven que esperábamos, mi valiente muchacho. No dudo de tu inteligencia ni de tu sabiduría, Artajerjes. Mi sangre corre por tus venas y serás un gran rey. –Darío alargó la mano y acarició la mejilla de su hijo–. Vi a mi padre hecho pedazos cuando regresó de Grecia. El rey Jerjes había derrotado a los espartanos en Termópilas, pero tras ello sus ejércitos fueron atacados en Platea. Y los despedazaron, tal como había sucedido con su padre en Maratón diez años antes. ¡Más incluso! Así que cuando ascendí al trono me prometí algo. Se ha derramado demasiada sangre nuestra en Grecia, suficiente para un millar de años. En lugar de guerra, me propuse gobernar para garantizar la paz, y ello nos aportó jardines, vino, oro y una sabiduría extraordinaria. Algunas de las cosas que hoy damos por sentadas se habrían considerado brujería en otro tiempo. Y contigo continuaremos avanzando... hasta convertirnos en el mayor imperio que el mundo haya conocido nunca. Pero eso solo ocurrirá si tú eres rey. Si los dioses ponen a Ciro en ese trono, volverá a librar guerras, no albergo duda alguna. Se parece mucho a mi padre y demasiado al padre de mi padre.

–Padre, yo sé luchar, ¿sabes? –replicó Artajerjes, herido–. Sé que no tienes esa idea de mí, pero soy capaz de hacerlo.

El rey rio y le dio una palmadita en la espalda. Amaba demasiado a su hijo para herirlo mostrándole su desacuerdo.

—Por supuesto. Aunque cualquier guardia de un usurero es capaz de luchar. ¡Tú eres un príncipe, Artajerjes! Y serás rey. Por eso necesitas algo más que una sonrisa rápida y una espada aún más rápida. Necesitas una fuerza de otra índole. Y debes empezar a cultivarla a partir de hoy mismo. No eres demasiado joven para ello. —El rey miró a su alrededor hacia la calle desierta. Ni un alma se asomaba a la ventana—. Recuerda: el día que seas rey, debes ponerle fin. Hasta entonces, aprende de tus tutores, cabalga, disfruta de los placeres de las mujeres, los niños y el vino tinto. Y no hables de esto con nadie. ¿Me has entendido?

—Sí, padre —respondió Artajerjes.

Su rostro serio hizo sonreír al rey y cambiar por completo de expresión. Alargó la mano y le alborotó el cabello a su hijo.

—¡Soy un padre mil veces bendecido!

1

La montaña acunaba la ciudad como una madre a un hijo en su regazo. Antes de ascender los escalones hacia la gran meseta, Ciro decidió conducir a su guardia personal hasta el río. Los espartanos dejaron sus armaduras y armas en la orilla y se zambulleron en el agua, felices de desembarazarse del polvo y el sudor acumulados en los más de seiscientos kilómetros recorridos.

Encaramado a su caballo de guerra, el príncipe sonrió al verlos chapotear y pasarse los dedos por el cabello y las barbas. La marcha hacia oriente había dejado a sus hombres flacos, como perros de caza, les había oscurecido la piel y había tensado los cordones de sus músculos. No habían flaqueado en ningún momento, por más que algunos de ellos hubieran dejado huellas ensangrentadas en el camino.

–Mi señor, ¿no quieres cambiar de idea? –preguntó Tisafernes con voz queda.

Ciro miró a su viejo amigo y tutor. Tisafernes montaba un caballo castrado de color avellana que resopló y sacudió la cabeza, un capón de un linaje tan bueno como cualquier otro en Persia. El noble tenía la vista clavada en los espartanos, con expresión de amargura.

—¿Debería ascender esa escalera solo? —replicó Ciro—. ¿Debería regresar a casa como un mendigo? ¿Quién soy yo, sino el hijo de mi padre y un príncipe? Estos son mis guardias. Y son los mejores que existen.

Tisafernes torció la boca como si le doliera algún diente. El príncipe Ciro, en la veintena, ya no era ningún niño insensato. El tutor había dejado claras sus reservas y, sin embargo, allí estaban, a orillas del río, con hombres de Esparta lavándose como cuadrúpedos en el agua entre constantes salpicaduras. El príncipe había llevado a un viejo enemigo hasta el mismísimo corazón de Persia. Tisafernes frunció el ceño al pensar en ello. Había visto mapas griegos del mundo que reflejaban un conocimiento exiguo del gran imperio de Oriente. Y no tenía deseo alguno de que los espartanos incluyeran en ellos la ubicación de Persépolis y aún menos las tumbas reales que yacían a lo largo del río, a solo medio día de distancia a pie.

—Alteza, hay quien podría considerar una afrenta traer a los mismos hombres que se enfrentaron a vuestros ancestros y los combatieron por tierra y por mar. ¡Espartanos! ¡Por los espíritus de los devas! ¡Aquí, en el epicentro del mundo! Si tu padre fuera un hombre más joven y estuviera bien...

—Me felicitaría, Tisafernes —espetó Ciro con voz de hastío—. Estos hombres han corrido a mi lado. No han flaqueado ni han pedido descansar. Me son leales.

—Son leales al oro y a la plata —farfulló Tisafernes.

Ciro apretó la mandíbula con tanta fuerza que se le marcaron los músculos.

—No poseen nada. Incluso sus armas descienden de las manos de sus padres y tíos, o les han sido entregadas por sus actos de valentía. Ya basta. Dejemos el tema por ahora, viejo león.

Tisafernes aceptó la reprimenda con la cabeza gacha.

Los griegos se habían apremiado a acabar sus abluciones y habían salido rápidamente del río para, erguidos, secarse bajo el sol del atardecer. Las lavanderas lugareñas silbaron y gritaron al ver a tantos hombres desnudos. Uno o dos de los guerreros les devolvieron una sonrisa, mientras que los demás se desentumecían haciendo ejercicio. No estaban hechos para reír ni para mantener conversaciones superfluas.

Irritado con su acompañante, Ciro desmontó de súbito, se quitó el yelmo, la túnica y la loriga, las polainas, la capa y seguidamente las sandalias, todo ello con gran economía de movimientos. Tranquilo en su desnudez, el príncipe entró a grandes zancadas en el agua, saludando con un leve asentimiento de cabeza al oficial espartano Anaxis, que lo observaba desde la orilla.

Las lavanderas dejaron de gritar al ver a un joven que llevaba la barba rizada al modo persa y había depositado sobre su capa un yelmo con plumas de oro. Tal vez no supieran su nombre, pero no se atrevieron a increparlo. Ciro se lavó en las aguas con lentitud y esmero, casi como si realizara un ritual e intentara desprenderse de algo más que el sudor y el hedor a caballo. En la ribera, los espartanos guardaban silencio en señal de respeto. Al fin y al cabo, el príncipe había regresado a su hogar a llorar a su padre.

Ciro había recibido el mensaje catorce días antes y había exigido un sobreesfuerzo inhumano a los espartanos para llegar a casa a tiempo. El príncipe había cambiado de caballo en las tabernas que la corona tenía distribuidas a lo largo del gran Camino Real o había atravesado el país a través de campos de trigo y cebada, pero sus hombres le habían mantenido el ritmo, corriendo a zancadas junto a él día tras días, como si no fuera nada. Eran extraordinarios, y Ciro se enorgullecía de sus capas rojas y de la reacción de los demás cuando

descubrían quiénes eran. Se habían forjado una reputación merecida y refrendada una y otra vez.

En aquel lugar, con el frío de la tarde cerniéndose sobre ellos, Ciro sucumbió al desánimo. La ciudad de Persépolis parecía tranquila, pero no por el agónico pesar de la población. Las calles no estaban flanqueadas por milicianos ni vestidas con paños de duelo, tampoco había cuencos de sándalo ardiendo. Hasta que no atravesaran las puertas de la meseta que se extendía sobre la ciudad, Ciro no sabría si el anciano seguía con vida. Dio media vuelta al pensarlo y elevó la vista hacia la montaña que su padre y su abuelo habían reconstruido, hasta la llanura imperial, reducida a una línea verde y gris a aquella distancia. Halcones salvajes describían círculos perezosamente en el cálido aire en busca de rollizas palomas ocultas en los árboles frutales. La terraza real contenía palacios, plazas de armas, teatros y bibliotecas. El pabellón de su padre se hallaba en el centro del frondoso jardín que denominaban «el paraíso», el corazón verde secreto del imperio.

A orillas del río crecían arbustos de baja altura cuyas raíces desgastadas formaban suaves esculturas. Flores blancas de jazmines decoraban las vides enredaderas e impregnaban el aire con su perfume. El príncipe respiró profundamente, con el agua hasta la cintura y los ojos cerrados. Estaba en casa.

Los espartanos se secaron aprisa dándose palmaditas con sus capas y se peinaron con los dedos el cabello, frío a pesar del sol. Refrescado, el príncipe también volvió a vestirse con cuidado. Se ató la loriga sobre la túnica y se protegió las espinillas con unas grebas de bronce espartanas esculpidas a su medida exacta, con sus músculos y la curva de sus rótulas marcados en el metal pulido. Las grebas resultaban más útiles a los infantes que portaban escudos que a los soldados de la

caballería, pero a Ciro le gustaba complacer a sus hombres con aquel gesto. Tisafernes lo consideraba una afectación forastera impropia de él, por supuesto.

Si Ciro no hubiera regresado a su hogar para postrarse ante el lecho de muerte de su padre, al joven príncipe tal vez le habría divertido contemplar cómo los lugareños se congregaban para ver a los forasteros. Comerciantes del mercado de frutas se habían acercado hasta allí dando un paseo, mientras quienes montaban guardia los observaban con el ceño fruncido. La fama de los griegos con capas rojas llegaba incluso a aquellos lares, por más que países enteros y una franja de mar abierto separaran Persépolis del valle del Eurotas, a tres meses y un mundo de distancia. Además de las legendarias capas, los espartanos llevaban sus propias grebas de bronce, que les cubrían las piernas desde el tobillo hasta la rodilla. Habían acudido listos para la guerra, aunque el pretexto fuera escoltar a un príncipe a casa.

Habían apilado sus escudos en montones ordenados sin protección a medida que se iban zambullendo en el agua, como si les resultara inconcebible que otro hombre pudiera robárselos. Cada uno de aquellos escudos tenía grabado el nombre de su propietario por la cara interna y una única letra indicaba al enemigo en qué lugar de Grecia se hallaba Esparta: la lambda, la inicial de la región de Lacedemonia. Cada uno de aquellos escudos pulidos y resplandecientes recibía los cuidados propios de un amante.

Al montar en su caballo, Ciro se preguntó si todos aquellos espectadores conocerían alguna vez Esparta como él la conocía. Para las madres que señalaban con el dedo hacia los guerreros forasteros para que sus hijos los vieran, aquellos eran los hombres que habían humillado a los Inmortales persas una y otra vez, lo que los había convertido en una leyenda. Aquellos hombres de Grecia habían aplastado al ejército

de Darío el Grande en Maratón. Habían sido los espartanos quienes habían liderado a los soldados griegos contra el rey persa Jerjes en Termópilas, Platea y Mícala. Persia había conquistado cerca de treinta naciones, pero Grecia y aquellos guerreros con capa roja la habían hecho retroceder.

Aquellos días aciagos se perdían en el pasado remoto, pero la sombra de su recuerdo era alargada. Ciro apartó la mirada mientras sus hombres formaban en una doble fila impecable, listos para recibir sus órdenes. Al final, los espartanos habían conseguido derrotar a Atenas y gobernar sobre toda Grecia, pero luchaban en su bando porque les pagaba... y porque Ciro entendía que eran honrados. Enviaban a su patria la plata y el oro que les entregaba para erigir templos, cuarteles y armerías. No se quedaban nada para ellos, y Ciro los admiraba más que a nadie, con la excepción de su padre y hermano.

—En marcha, viejo león —le dijo a Tisafernes—. Ya me he retrasado bastante. No permitiré que esto me desanime, aunque, incluso ahora, me cueste creer que no se trate de un error. Mi padre es demasiado fuerte para morir, ¿no crees?

Sonrió, pero su sonrisa no ocultaba el dolor que sentía. En respuesta, Tisafernes alargó la mano y lo agarró por el hombro, intentando confortarlo.

—Fui siervo de tu padre hace treinta años, antes de que nacieras. Entonces tenía el mundo en sus manos. Pero incluso los reyes disfrutaban solo de un breve tiempo bajo el sol. A todos nos llega nuestra hora, aunque tus amigos filósofos seguramente también pondrían eso en tela de juicio.

—Ojalá hubieras aprendido bastante griego para entenderlos. Tisafernes emitió un sonido desdeñoso.

—El griego es la lengua de los pastores. ¿Qué interés podría tener yo en la lengua de los esclavos? Soy persa.

Hablaba al alcance de los oídos de los espartanos, que, no obstante, no dieron señas de haberlo oído. Ciro miró a su ofi-

cial llamado Anaxis. A este, que hablaba con fluidez ambas lenguas, no se le escapaba nada, pero hacía tiempo que había denostado a Tisafernes tildándolo de saco de viento persa. Por un instante infinitesimal, Anaxis buscó con los ojos a Ciro y le hizo un guiño.

Tisafernes vio la expresión de alivio del príncipe y dio vueltas en su montura, en un intento de averiguar qué había provocado su cambio de humor, quién había osado burlarse de su dignidad. Pero lo único que vio fue a los espartanos listos para emprender la marcha de nuevo, y sacudió la cabeza, farfullando algo sobre granjeros y extranjeros.

Los espartanos llevaban sus escudos a la espalda durante las largas caminatas. Pese a que no existía peligro alguno, Ciro dio la orden de que cambiaran al paso de desfile. Para atravesar una de las tres capitales del Imperio persa llevarían los discos de bronce y madera en el brazo izquierdo y largas lanzas listas para el ataque en la mano derecha. También llevaban espadas cortas en la cadera y la infame espada kopis en la parte baja de la espalda. Sus enemigos consideraban antideportivas aquellos temibles cuchillos pesados y curvos, pero sus quejas causaban hilaridad a los espartanos.

Los cascos de bronce, que les cubrían la barba y las gruesas trenzas que les llegaban hasta los hombros, ocultaban tanto el agotamiento como la debilidad de los hombres y les imprimía la fría apariencia de estatuas. Mantener sus rasgos ensombrecidos era una de las cosas que los hacía tan temibles. Pero la reputación tenía más peso. Y portar las armas y el escudo de un padre o abuelo era aún más significativo.

Tras dejar el río atrás, Ciro y Tisafernes cabalgaron por las calles en sus monturas, con la muchedumbre abriéndoles paso. Se hizo un silencio estremecedor, tanto entre los lugareños como entre los hombres que atravesaban la ciudad.

—Sigo opinando que deberías haber dejado a mercenarios

atrás, alteza –murmuró Tisafernes–. ¿Qué dirá tu hermano cuando vea que has elegido a los griegos frente a los persas?

–Soy príncipe y el comandante de los ejércitos de mi padre. Si mi hermano tiene algo que opinar, será que mi dignidad es el honor de nuestra casa. Los espartanos son los mejores guerreros del mundo. ¿Quién, si no, podría haber seguido nuestro ritmo estas últimas semanas? ¿Ves a algún Inmortal aquí? ¿A mis siervos? Uno de mis esclavos murió en el camino intentando permanecer a mi lado. El resto quedaron rezagados. No. Estos hombres se han ganado su lugar junto a mí caminando a mi lado.

Tisafernes agachó la cabeza en señal de conformidad, pero estaba enojado. Ciro trataba a los espartanos como hombres de verdad y no como los perros locos que eran. El general persa sabía sin necesidad de tener que volver la cabeza que algunos de ellos lo observaban mientras desfilaban. No confiaban en nadie que se encontrara cerca de su señor, tal como unos perros sarnosos gruñirían amenazantes. Pero ya no faltaba mucho. Los dos caballeros lideraron a los espartanos colina arriba, siguiendo la calzada que conducía a la gran escalinata que los llevaría aún más alto, hasta la meseta del rey persa.

Los escalones eran anchos y de poca altura para permitir que el rey ascendiera a caballo tras regresar de sus cacerías. Ciro y Tisafernes cabalgaron seguidos, entre tintineos, por los espartanos que avanzaban en filas. Ciro notó los ojos de los Inmortales de su padre clavados en él al aproximarse a la estrecha puerta de la muralla exterior. Su padre había invertido los tesoros de varias naciones en aquella meseta, tanto en profundizar el corte en la ladera de la montaña como en los indecibles lujos que contenía. Mas, pese a ser el jardín de un imperio, seguía siendo una fortaleza, protegida por una guardia permanente de dos mil hombres.

El último peldaño conducía hasta la misma puerta, lo cual impedía al enemigo congregarse y atacar. Ciro percibió el ligero cambio de luz cuando los oficiales persas bloquearon el sol sobre sus cabezas para contemplar a su comitiva, en particular a los espartanos que lo seguían en los escalones inferiores, y apreció que se erizaban al comprobar que cada uno de aquellos hombres portaba cuatro armas. Con expresión indiferente, alzó la vista hacia las murallas, teñidas de dorado por el sol poniente.

—Soy el príncipe Ciro, hijo del rey Darío, hermano del príncipe Artajerjes y comandante de los ejércitos de Persia. En el nombre de mi padre, abrid esta puerta para que pueda verlo.

Lo hicieron aguardar un instante más de lo que preveía, cosa que hizo que Ciro empezara a sonrojarse. Su ira creciente amainó al escuchar cómo se descorrían cadenas y barras y ver las puertas abrirse. Tras ellas se extendía un largo patio. Tragó saliva, decidido a no mostrar temor. Y en ese sentido, tanto él como sus espartanos estaban a la par. Sin desmontar, Ciro y Tisafernes penetraron a lomos de sus caballos en el soleado patio. A aquella hora, la luz empezaba a ser más tenue y daba paso sutilmente a las sombras de un atardecer estival. Consciente de hallarse por fin en su hogar, Ciro sabía que debía relajarse y prepararse para ver a su padre. Sin embargo, no estaba seguro de cómo reaccionaría el anciano al verlo, ni tampoco de cómo reaccionaría él ante el Gran Rey. Se sentía inseguro de sí mismo ante la pérdida que se abatía precipitadamente sobre él. Ni toda la fuerza de las armas del mundo podría mantener a su padre con vida un día más cuando llegase su hora. Y era esa indefensión lo que hacía temblar a Ciro, no el campo de matanza en el que se internaba.

Las defensas de la meseta no se limitaban a los hombres apostados en las murallas exteriores, sino que también esta-

ban los embudos a través de los cuales se obligaba a pasar a los atacantes. Si se las apañaban para llegar a la escalinata y atravesar las puertas, se adentraban en una fortaleza cuyas partes estaban separadas entre sí. Para reunirse, las tropas enemigas debían atravesar dos largos y angostos patios al aire libre. Sin vacilar, Ciro y Tisafernes cabalgaron a través de ellos hasta el final del campo de matanza. Cincuenta filas de seis espartanos los seguían en un orden impecable y descansaron las culatas de sus armas en el polvoriento suelo al hacer alto ante una puerta aún más magnífica que se alzaba ante ellos.

A su espalda, la puerta exterior se cerró y atrancó. Más de un espartano frunció el ceño por el hecho de quedar retenidos en un lugar donde no podían maniobrar. Estantes de piedra situados a la altura de dos hombres recorrían el patio a todo su alrededor. No estaba claro cuál era su finalidad y el oficial espartano Anaxis agarró con fuerza su lanza. Notaba las miradas hostiles de los guardas persas, más habituados a lucir elegantes en sus corazas de escamas brillantadas que a la lucha cuerpo a cuerpo.

En la vanguardia, Ciro y Tisafernes intercambiaron una mirada y desmontaron. Anaxis intentó no alargar el cuello para divisar quién había salido a recibirlos, aunque los caballos le impedían ver el encuentro. Y no le gustaba. Su deber era proteger a Ciro, y quizá también al otro hombre, el individuo orondo de mayor edad. No obstante, no le habían ordenado que se mantuviera alerta ni vigilante ante posibles amenazas. Anaxis sabía que se encontraba en la ciudadela de un antiguo enemigo, pero era el guardia personal de uno de sus príncipes, un hombre al que admiraba por su honestidad y falta de afectación. Tratándose de persas, el príncipe era sin duda uno de los buenos. Ciro no había mostrado temor por su padre, si acaso preocupación. Aun así, Anaxis se descubrió

mirando hacia los estantes de piedra que los rodeaban, parecidos a las largas gradas de un teatro ateniense. Los persas eran arqueros medio decentes, eso lo sabía. Y a los espartanos no les agradaba que los observaran desde arriba, no en aquel lugar.

Ninguno de aquellos pensamientos se reflejaba en su rostro, oculto a la sombra de su casco. Anaxis permaneció erigido cual estatua de bronce mientras Ciro y Tisafernes hablaban en voz baja delante de él. Aun así, se sintió aliviado cuando uno de los caballos se movió y le permitió divisar al príncipe.

Ciro se volvió hacia los espartanos que había a sus espaldas, con expresión tensa y severa.

–Mi hermano ha ordenado que entre en los jardines reales sin guardia –explicó.

Ciro parecía a punto de añadir algo, pero sacudió la cabeza. Fue una señal casi imperceptible, pero Anaxis notó que se le encogía el corazón.

–Quizá a tu hermano no le importe que yo te acompañe –propuso.

Ciro le sonrió.

–Amigo mío, si se produce un acto de felonía, un hombre más no marcará la diferencia.

–Yo siempre marco la diferencia –replicó Anaxis con tono serio.

–Es cierto, pero debo confiar en el honor de mi hermano. Él es el heredero al trono y no le he dado motivos para sospechar de mí.

–Aguardaremos aquí hasta tu retorno –dijo Anaxis, hincando una rodilla en el suelo.

Sus palabras sonaron a juramento y Ciro agachó la cabeza antes de ayudar al hombre a volverse a poner en pie.

–Gracias. Me honráis con vuestro servicio.

Al volver la mirada, Ciro vio a Tisafernes observando la escena con expresión despectiva y haciendo un ademán en dirección a la puerta que permitía internarse en el corazón de la meseta real. Allende aquel largo patio se extendían los primeros jardines, plantados en tierra traída de las llanuras y atendidos por miles de esclavos. Se habían plantado árboles formando avenidas umbrías en las que monos diminutos perseguían a los pájaros de rama en rama y un denso aroma a pino y jazmín impregnaba el aire.

Ciro hizo caso omiso del pequeño senescal que había acudido a recibirlo, sin saber si tomarse el bajo estatus de aquel hombre como un insulto. Por descontado, encontraría a su hermano Artajerjes junto a su padre. Era irrelevante que hubiera enviado a un mero siervo a acompañar a Ciro a través de los jardines.

Tisafernes pareció despojarse de las tribulaciones y pesadeces de su larga caminata mientras avanzaba y se llenaba los pulmones de las fragancias que tan bien conocía y enderezaba la espalda para caminar bien erguido. Conocía a Ciro desde su nacimiento y había sido su mentor y amigo durante gran parte de su vida. Sin embargo, discrepaban en su percepción del mundo. Ciro amaba a las personas, no había otro modo de describirlo. Eran su pasión y coleccionaba amigos tal como otros hombres hacían acopio de monedas. A diferencia del príncipe, a Tisafernes le costaba disimular su profundo desagrado por las multitudes y los soldados sudorosos.

Caminaron durante una hora a través de senderos con tantos recodos que un extraño se habría extraviado en ellos una docena de veces. Ciro los conocía desde la infancia y siguió al senescal sin apenas concentrarse. El pabellón de su padre se hallaba en el extremo opuesto de la meseta, rodeado de palmeras y esclavos, todos ellos a la espera de que exhalara su último aliento. Ciro notó un nudo en la garganta confor-

me caminaban y escuchaba las lamentaciones de las mujeres de su padre.

Anaxis alzó la vista al oír el primer roce de una sandalia en la piedra que se alzaba sobre sus cabezas. Los espartanos habían permanecido en silencio, formando filas, durante aproximadamente una hora, siguiendo su ejemplo. Anaxis farfolló una maldición al ver a la tropa de soldados persas salir de sus puestos y ocupar las cornisas a ambos lados. Portaban una armadura negra ornamentada y arcos con piedras preciosas engastadas, como la guardia de una obra de teatro o apostada a las puertas de un burdel. A sus ojos no eran más que niños que habían enloquecido con el tesoro de un rey.

El oficial persa llevaba penachos de plumas blancas y negras que se agitaban con el viento, mucho más vistosas que las que Anaxis había visto en Grecia. La piel del hombre resplandecía a causa del aceite y sus manos refulgían con el destello de las gemas. No portaba arco, solo una corta espada en una vaina de oro que debía de valer lo mismo que una ciudad pequeña. Anaxis enarcó las cejas al pensar en ello. Aquel lugar albergaba un buen botín. Había que tenerlo en mente.

—¡Alzad los escudos! —ordenó Anaxis con claridad.

Muchos de sus hombres se habían colocado el escudo a la espalda o lo tenían apoyado en las piernas. Volvieron a levantarlos, con expresión adusta ante la desagradable situación en la que se encontraban. No se sentían cómodos con los arqueros apostados en una posición ventajosa, mientras ellos se apelotonaban en un campo de matanza a sus pies.

Anaxis observó las murallas de piedra con otros ojos y tomó nota de su lisura. Sobre su cabeza se detuvieron a izquierda y derecha tres filas de arqueros integradas por un número de hombres similar al de quienes las observaban hoscamente desde abajo.

El oficial emplumado descendió por un estrecho sendero situado en un rincón y permaneció de pie con la sandalia asomándole sobre el canto de la piedra, ofreciendo a Anaxis la visión de la suela tachonada. Durante un rato nadie se movió y el aire se volvió cada vez más quieto, sin una brizna de brisa que les diera cierto alivio. Las sombras se habían alargado desde la partida del príncipe y Tisafernes, pero la luz vespertina parecía inmutable. Pese al calor, Anaxis notó que se le tensaba el escroto. Los hombres que observaban a los espartanos desde lo alto sonreían mientras toqueteaban sus armas. Habían tensado los arcos, según pudo apreciar Anaxis. Y aunque llevaban la armadura ceremonial en la corte real, formaban para perpetrar una masacre. Anaxis se rascó la barba.

—¿Crees que costaría mucho trepar a esa cornisa? —le preguntó a su amigo Cinnis.

En tiempos más normales, Cinnis era un hombre corpulento, orgulloso de su fortaleza, y con motivo. Pero tras catorce días de caminata a paso rápido por caminos polvorientos había perdido peso y estaba malhumorado. Se encogió de hombros.

—Si dos hombres mantienen un escudo plano, así —dijo, sosteniendo en alto el suyo a ras de la cornisa—, sería bastante fácil subir a un tercero. ¿Crees que van a atacarnos?

—Eso creo, sí —respondió Anaxis. Alzó la voz para que todos lo oyeran, sabiendo que era poco probable que ninguno de quienes se alzaban sobre ellos entendiera una palabra de griego—. Parece que alguien ha decidido liquidarnos. Así que, escudos a punto para elevarlos sobre la cabeza. Formad en tríos. No hagáis movimiento alguno a menos que nos ataquen, pero, si nos atacan, quiero que elevéis a hombres hasta ellos. Me gusta este lugar. Creo que podríamos ocuparlo hasta que regrese el príncipe Ciro.

—O luchar para abrirnos camino hasta el río y marcharnos —farfulló Cinnis.

Anaxis sacudió la cabeza, tal como su amigo sabía que sucedería. Había dado su palabra. No sufriría el deshonor de que Ciro regresara y descubriera que había abandonado su puesto. Cinnis se encogió de hombros furibundo al ver los primeros arcos curvarse.

Por encima de sus cabezas, el oficial persa respiró hondo antes de dar la orden. Cinnis alargó su escudo, cuyo borde exterior topó inmediatamente con otro. Sus miradas se encontraron, prendidas por la cólera de la traición.

El oficial emplumado gritó y los arcos persas se curvaron del todo. Sonó un ruido como un aleteo cuando las primeras flechas cayeron sobre ellos. Durante el ataque, Anaxis trepó a un escudo con una docena de hombres a todo lo largo del patio. Cada uno de aquellos hombres fue alzado hacia la cornisa, colisionando con los sorprendidos arqueros. Anaxis llegó hasta ellos con su lanza y la letal kopis a punto para atacar, riendo al ver el pánico en sus enemigos.